

» El mundo lleva en sí mismo
» El rayo que le castiga.
» Sin compasion ni fatiga
» Hoy nos mata; pero muere.
» ¡*Miserere!*

» Grande y caudaloso rio,
» Que corres precipitado,
» Ve que el nuestro se ha secado
» Y tiene el cauce vacío.
» ¡ No prevalezca el impío,
» Ni la iniquidad prospere!
» ¡ *Miserere!* »

Súbito, con sordo ruido
Cruje el órgano y estalla,
La luz se amortigua, y calla
El concurso dolorido.
Al disiparse el sonido
Del grave y solemne canto,
Llega á su colmo el espanto
De las mudas calaveras,
Y de sus órbitas hueras
Desciende abundoso llanto.

A medida que decrece
La luz misteriosa y vaga,
Todo murmullo se apaga
Y el cuadro se desvanecé.
Con el alba que aparece

El cortejo se evapora,
Y miéntras la blanca aurora
Esparce su lumbre escasa,
A lo léjos silba y pasa
La rauda locomotora

Junio 25, 1873.

¡AMOR!

¡Oh eterno amor, que en tu inmortal carrera
Das á los seres vida y movimiento,
Con qué entusiasta admiracion te siento,
Aunque invisible, palpar doquiera!
Exclava tuya la creacion entera,
Se estremece y anima con tu aliento,
Y es tu grandeza tal, que el pensamiento
Te proclamára Dios, si Dios no hubiera.
Los impalpables átomos combinas
Con tu soplo magnético y fecundo:
Tú creas, tú trasformas, tú iluminas,
Y en el cielo infinito, en el profundo
Mar, en la tierra atónita dominas,
¡ Amor, eterno amor, alma del mundo!

EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.

(ARAGON.)

Venga el ateo y fije sus miradas
En las raudas cascadas
Que caen con el estrépito del trueno;
En ese bosque que oscurece el dia,
De rústica armonía
Y de perfumes y de sombras lleno.

En la gruta titánica que arredra
Con sus monstruos de piedra,
Su oculto lago y despeñado rio;
Que ante tantas grandezas el ateo
Dirá asombrado:— ¡Creo,
Creo en tu excelsa majestad, Dios mio!

Arpa es la creacion, que en la tranquila
Inmensidad oscila
Con ritmo eterno y cántico sonoro.
Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento.

En tierra, mar y viento,
Que del himno inmortal no forme coro.

El insecto entre el césped escondido,
El pájaro en su nido,
El trueno en las entrañas de la nube,
Hasta la flor que en los sepulcros brota,
Todo exhala su nota
Que en acordado són al cielo sube.

Nunca del hombre la soberbia ciega,
Que á enloquecerle llega,
Podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,
Ese poder augusto y soberano,
Que enfrena el Oceano
Y hace girar los astros en el cielo.

En vano, golpeándose la frente,
Se agitará impotente
En su orgullo satánico y maldito.
Siempre, desesperado Prometeo,
Le acosará el deseo,
¡Ay! que, como el dolor, es infinito.

Julio, 1872.

A VOLTAIRE.

Eres ariete formidable: nada
Resiste á tu satánica ironía.
A través del sepulcro todavía
Resuena tu estridente carcajada.

Cayó bajo tu sátira acerada
Cuanto la humana estupidez creía,
Y hoy la razon no más sirve de guía
A la prole de Adan regenerada.

Ya sólo influye en su inmortal destino
La libre religion de las ideas;
Ya la fé miserable á tierra vino,

Ya el Cristo se desploma; ya las teas
Alumbran los misterios del camino;
Ya venciste, Voltaire. ¡Maldito seas!

LAS ARPAS MUDAS.

La vírgen poesía,
Huyendo de los hombres,
Se pierde en las profundas
Tinieblas de la noche.
Las arpas enmudecen,
Y el eco no responde
Sino á los broncos gritos
De cien revoluciones.

¡ Ay, cuando la tormenta
Cierne sus negras alas,
La tímida avecilla
Se oculta y tiembla y calla!
¿ Qué valen sus gorjeos
Ante la voz airada
Del trueno que retumba
En valles y en montañas?

¡ Qué cambio y qué contraste!
Ayer llenaba el mundo

La inspiracion sublime
De Schiller, Byron y Hugo.
Hoy sobre nuestras almas,
Que envileció el tumulto,
Parece que gravita
La losa de un sepulcro.

Miraban nuestros padres
El despertar de un siglo:
Nosotros á sus hondas
Angustias asistimos.
En su entusiasmo ardiente
Su cántico era un himno.
El nuestro, ¡ oh desventura!
El nuestro es un gemido.

Cuando despues de aquella
Sangrienta sacudida,
Que derribó en el polvo
La sociedad antigua,
Con su potente mano
La santa poesía
Logró sacar ileso
A Dios de entre las ruinas;

Cuando en estéril roca,
Entre el rumor confuso
Del mar, agonizaba

En su aislamiento augusto
El águila altanera,
Tan grande en su infortunio,
Que de sus corvas garras
Tuvo suspenso el mundo;

Entonces, como el germen
Oculto que despierta
Y rompe vigoroso
La cárcel que lo encierra,
Sobre las viejas ruinas
Brotaron por doquiera
La religion, la gloria,
La libertad, la ciencia.

¡ Siempre el dolor fecunda!
La tierra, nuestra madre,
Sufre el agudo arado
Que sus entrañas abre;
El mar tiene sus roncadas
Y oscuras tempestades,
Su duda el pensamiento,
La religion sus mártires;

Todo lo grande surge
De este combate eterno,
Como la luz del choque
Del pedernal y el hierro.

¡ Felices nuestros padres,
Que entónces recogieron
La miés ántes regada
Con llanto, sangre y cieno!

¿ Es raro que el poeta
Alzase himnos de gloria
Al Dios que renacia
De entre sus aras rotas?
¿ Es raro que cantase
La alborozada Europa
Al nuevo sol, naciendo
De la impalpable sombra?

Pero hoy ¿ qué alegre canto
Entonarán las Musas?
La llama del incendio
Nuestro camino alumbrará.
La libertad seguida
De alborotadas turbas,
Arrastra por el fango
Sus blancas vestiduras.

El entusiasmo espira
En lecho de dolores:
Atónita y turbada
La fé su venda rompe,

Y caen de sus altares,
Bajo insensatos golpes,
La patria, la familia,
Los reyes y los dioses.

¡ Todo se anubla, todo
Choca, todo está herido!
Pide estragado el arte
Su inspiracion al vicio,
Y entre el alegre estruendo
De infames regocijos,
La sociedad oscila
Sobre el oscuro abismo.

¡ Poetas! Hasta tanto
Que la borrasca pase,
Colguemos nuestras arpas
De los llorosos sauces.
Tal vez cuando la tierra
Nuestros despojos guarde,
El viento las sacuda
Y vibren, giman, canten.

Tal vez cuando del tiempo
Se amanse la corriente,
Nuestros felices hijos
Piadosos las descuelguen.

¡ Quién sabe! aunque las densas
Tinieblas nos envuelven,
No eres eterna, ¡ oh noche!
¡ Dolor, no duras siempre!

Junio de 1873.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. B.